

FRAGILIDAD DE LOS ESPEJOS INVERNALES

Pablo Andrés Escapa

Es fama que el primer libro que salió a luz en el mundo lo compuso la sabiduría divina. Eran sus hojas la amena reunión de todas las criaturas, encuadradas con tal gracia y disciplina que una noche, el rey David, bañado por las constelaciones, supo reconocer en tan vasto azogue el reflejo armonioso de la escritura sublunar. El mismo brillo celestial infundió en Platón la sospecha de que el mundo es una impostura cuya deficiencia conviene denunciar para distraer al espíritu por territorios ideales, sujetos al gobierno de la inmovilidad y la belleza. Esta propensión periódica a juzgar el cielo como un espejo sereno de lo terrenal volvió a prender la tarde del veintinueve de septiembre de mil cuatrocientos cuarenta en un bosque de Holanda. Si creemos al poeta que lo cuenta, y no hay por qué dudar, esta vez los elementos se confabularon no para producir un salmo que celebra las estrellas, ni un diálogo conmovido por descifrar la belleza, sino para inspirar en el ciudadano de Haarlem, Laurens Coster, la invención de la imprenta. El hallazgo original, menos grandioso que el firmamento del profeta, nos propone como espejo del mundo una modesta corteza de haya.

Laurens Coster, maestro de vidrieros y hombre familiar de las Sagradas Escrituras, que son imago mundi, como la espada fuera de la vaina o el cristal bajo el sol, conoció las veleidades de la luz en las ventanas y el sueño de crepúsculo que el plomo fundido sabe fingir en su superficie cuando recibe la visita inquieta de un polvo bermejo librado a media altura. Baldus Junius, un oscuro poeta de Flandes, nos dejó memoria de las industrias de Coster en un libro titulado *Mirabilis Batavia* (Amberes, 1587), un catálogo de los campos de Holanda donde duermen los molinos, vibran los estanques y maduran los bodegones pródigos en tiempo detenido. No hay palabras mediocres en ese idilio, ni necesidad de disculpa por traer aquí, ahora, el recuerdo de una espléndida página por la que Laurens Coster se adentra silencioso entre los árboles. En la luz de la media tarde lo visita un sentimiento de piedad. El sol amigo y el capricho de unas hojas agitadas sobre un claro del bosque le abstienen de pisar una sombra perfecta de la Adoración de los Reyes Magos. Con los ojos recorre el itinerario de la luz y le parece increíble aquella fácil concordia de la naturaleza que precipita imágenes bíblicas sobre el suelo valiéndose de un astro, del viento leve y de las ramas. De pronto se inquieta: de sobra sabe que el milagro nunca se demora. Coster se arrodilla y con el rostro vuelto al cielo pide tiempo para recordar, reza para que la hermosa Adoración no decaiga en su memoria frágil de vidriero en el camino de regreso a casa. Entonces se produce la revelación: entre lágrimas torna la vista a la hierba y en ese conmovido viaje Coster repara en el claro tronco de un haya. Enfrentado al leño providencial -*pertinens lignum*, escribe Junius-, intuye que la corteza del árbol, más dócil que el aire y la arena de sus oficios, sabrá retener la Adoración de los Magos que el sol fugaz del otoño consiente sobre el suelo del bosque. Pero el dios sigue susurrando entre las lágrimas. Y Junius deja hablar al genio que habita en Coster para que no se conforme con esculpir, para inducirle a la multiplicación de una semilla inalterable.

Urgido por la fiebre, en su carrera hacia el tronco de haya, Coster holla impiamente el cuadro sugerido por los árboles dorados. La realidad le importa menos que su

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 35 (octubre-diciembre, 2003)

representación inmóvil. Con ayuda de un fino acero, desgaja un fragmento de corteza. Para entonces ya no le tiemblan las manos y su maquinación niega la luz fugitiva que hace diverso al mundo y purifica las catedrales deduciendo la gloria de las ventanas hasta el suelo. Ahora le ocupa la retención multiplicada de ese reflejo efímero. Junius, sabiamente tangencial, prefiere suponer que el amor de sus nietos inspiraba a Coster cuando laceró la madera y a continuación, sentado sobre una piedra, empezó a labrar con ayuda del cuchillo una Adoración acaso muy distinta de la recién admirada en el bosque.

Es posible que a Coster, a diferencia de tantos hombres de religión contemporáneos, no le inquietara la sospecha de que incurría en pecado de soberbia por querer replicar las glorias de la creación y retenerlas multiplicadas. Ese escrúpulo, en los versos de Junius, conviene más a los rectos oficios matemáticos de su yerno. Al poeta fatalista que imaginó la Holanda de *Mirabilis Batavia*, le conmueve más la posibilidad de que los fulgores otoñales que el veintinueve de septiembre de mil cuatrocientos cuarenta produjo el mundo sobre un bosque junto a Haarlem, fueran creados para que el vidriero Laurens Coster tropezara con ellos. Lo que nos conmueve hoy, antes que el extraño azar, son las derivaciones sublimes del encuentro. Y entre todas ellas, tan alta como la imprenta que latía en una corteza de haya aquel lejano otoño, se alza una estrofa del poeta, la última del libro. El misterio dicta que se omitan los pasos de Coster, unos meses después de su visita al bosque, hasta el altar de una catedral en sombras. Son pasos ocultos en los versos angélicos de Junius, que también callan la vigilancia de la piedra, la genuflexión piadosa del vidriero y la emocionada búsqueda entre sus ropas de una ofrenda que por un momento resplandece en la catedral. Un fulgor pasajero en la escritura, que, sin embargo, habita en nosotros para siempre.

Pero imaginemos primero, según el orden del poeta, a Laurens Coster, a este anciano dueño del misterio de regreso a la ciudad de Haarlem. Está atardeciendo y él se detiene en casa de su hija, que lo saluda con una inclinación de la cabeza. Al fondo de una sala poblada de ventanas que sueñan ya la noche al amparo de pesados lienzos rojos, una sala donde el suelo corre a perderse en una distancia ordenada de cuadros blancos y negros, su yerno, Thomas Pieterszoon, pesa monedas en una balanza. Una vela declara la minuciosidad del oro acuñado. Coster se acerca y sonríe. Luego retira la capa para mostrar la corteza de haya labrada y con manos temblorosas se la ofrece: «es para que jueguen los niños», son sus palabras iniciales. «Pero a vos os digo que esta madera ha de ser espejo inagotable del mundo», continúa la emocionada confidencia. Su yerno repasa la talla con los dedos, evasivamente, como si esa caricia ensimismada fuera el conjuro previo al alumbramiento de un secreto. Al cabo levanta la vista. Junius quiere que le brillen los ojos mientras se incorpora, quiere que su respiración se agite, y ese movimiento y esa fiebre bastan para que entendamos que el comerciante ya ha comprendido que los espejos, como las monedas de oro, fueron creados para la multiplicación. «Venid», invita Thomas Pieterszoon a su suegro. Cruzan ante un ventanal donde el último sol alarga sus pasos hasta hacer que dos hombres no sean más que dos sombras afiladas que transitan por una pared. La primera abre una puerta e invita a la segunda a que se asome. «Ved ahí nuestra esperanza y nuestra salvación», anuncia. Cuatro cabezas infantiles, sobre una almohada, reciben el bautismo de luz tibia que la puerta deja pasar. «Haremos cuatro Adoraciones idénticas, una para cada uno, y

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 35 (octubre-diciembre, 2003)

vuestra corteza será la fuente de la que manen las cuatro creaciones. Es justo que así sea», termina Thomas Pieterszoon su discurso y su religioso cálculo.

Ahora, el extraordinario Baldus Junius, en una elipsis resuelta con un verso dedicado a la nieve que aquietta los campos de Holanda, nos aventura en una modesta estancia donde humea una estufa. Como pájaros simétricos de alas abatidas, varios pliegos de papel cuelgan de una cuerda. Solo la magia de sus versos es capaz de comunicarnos, con palabras casi invisibles, con su abolición del tiempo, la prosperidad impresora de esa estancia donde la nieve se acumula en las ventanas. Dentro huele a humedad y a extrañas composturas de aceite y humo, a frutos secos y a colas de pescado. Una copa de cristal recibe los residuos del hollín que la estufa va precipitando. Prospera el invierno y la blancura de las ventanas, que es la blancura de toda Holanda en esa página, derrama su candor sobre papeles precariamente manchados por una sola cara con la huella de un toscó unicornio, de un ave fénix, de un árbol boellio que fructifica en lágrimas preciosas, como la mirra. El poeta nos convence de que Coster y su yerno operan para dejar memoria de las disipaciones más notables de la Antigüedad.

A partir de este punto, la relación de Junius se vuelve sombría. Algo ominoso nutre su expresión que, con ese fatalismo tan caro al poeta, progresa sin desvíos para contar la ruina de la incipiente industria de Coster. Los versos son tristes y claros. Nada en ellos hace sospechar, como absurdamente ha denunciado el historiador del libro Ludovic Marzabal, la injerencia de una mano anónima empeñada en descargar sobre Alemania la miserable culpa de haber destruido los rudimentos de la imprenta occidental. Ciego a la letra de Junius pero propicio a descubrir entre líneas fermentos de la más explícita condenación, el erudito francés atribuye a los nietos de Laurens Coster el fin de la maravillosa industria de su abuelo. Furioso por defender el honor de Alemania, donde Marzabal recibiera el encendido aplauso que en mil novecientos treinta y ocho suscitó la exposición de su teoría, el historiador postula cuatro niños hambrientos que rompen avellanas con la valiosa ayuda de un taco labrado, sus carreras de barcos por un canal que no siempre devuelve las naves de papel impreso, cuatro aciagos niños, en fin, que entre gritos de júbilo emiten dardos contra xilografías ilustradas con animales fantásticos cuyo destino, lamenta interjectivamente Ludovic, nunca debió ser el de diana de la infancia. Admitir esta infamia, esta protobarbarie iconographique, por decirlo con la afectación de Marzabal, supone privar al mundo del frágil fruto de un Espejo de la salvación humana impreso por Laurens Coster aquel invierno de mil cuatrocientos cuarenta, un espejo, para decirlo esta vez con la virtud poética de Junius, que no supo prever los pasos que acercaban la figura espectral de Johann Fust, agitado en la tormenta, un espejo que acabó siendo el reflejo fugitivo de su rostro la noche del veinticuatro de diciembre, víspera de la Natividad del Salvador.

Fust o Faustus llegó a Haarlem envuelto en una ventisca heladora que lo abandonó a la puerta al taller de Coster. La inclemencia le infundió ánimos para golpear la madera con desesperación. A Coster le admiró su estatura en el umbral, su delgadez, sus ojos enrojecidos y atentos. Una vez dentro, le impresionaron las manos delicadas, abiertas para recibir un papel húmedo de tinta. Fue un aprendiz diligente que pronto supo extraer del metal fundido letras idénticas a las de un misal manuscrito en el que los astiles de las tes y de las haches crecen en rizos y se hacen laberinto. En pocas semanas dominó los ardores de las tierras bermellonas, demasiado tenaces sobre el papel si antes no se

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 35 (octubre-diciembre, 2003)

han sabido reducir, las fugas del hollín que solo se aquieta con claras bien batidas y el hervor del agua en que deben sumergirse las conchas marinas que guardan en su lengua el licor precioso de la púrpura.

Un juramento de lealtad vinculaba a Faustus con Coster. Esa fórmula sagrada prescribía el reposo de la prensa para oír misa, la prohibición de beber y el secreto de la industria que día a día iba alumbrando, como una perla oculta por un mar de consentidas sombras, las páginas del Espejo de la salvación humana. El aprendiz y el maestro, hermanos en la fe del metal y la tinta, dibujan con paciencia; hacen pruebas para dejar sobre el papel memoria visible del Paraíso terrenal, de las Tablas radiantes de la Ley, de un diablo desterrado por Jesús, de la visitación de un ángel. Thomas Pieterszoon, junto a la estufa, calcula el número de pliegos idénticos que se pueden estampar en una mañana de invierno. Un día, Fust expone a la luz del fuego una ampolla de cristal y el maestro contiene la emoción y el asombro por la púrpura perfecta que el discípulo ha sabido extraer de las precarias conchas del océano. «Maestro, dejemos este licor para dar gloria a Dios», propone el aprendiz mirando al suelo. Coster calla un momento, toma la ampolla en sus manos y, en un susurro dirigido a la luz que traspasa el cristal, anuncia: «sea honra nunca vista de las capas, adorno de los reyes evangélicos».

Han progresado las páginas del Espejo en ilustraciones bíblicas y letras de molde, cuando los versos de Baldus Junius erigen otra tarde sagrada. Es la víspera de Navidad. Los ciudadanos de Haarlem se recogen unánimes en la catedral. El hielo de los charcos devuelve limpiamente el clamor de las campanas. Poco después, una música de salmos sostiene los pasos furtivos de Johann Fust por las callejas nevadas, casi decide sus pausas, sus vigilancias y sus respiros tras las esquinas. A la misma hora, Coster, de rodillas, canta las glorias del creador de la luz y los colores. Avanza la ceremonia. El vidriero busca entonces el abrazo fraterno de su aprendiz para compartir el deseo de paz, quizá para regocijarse en el secreto que les une desde hace días. Estrecha las manos de su yerno, abraza a su hija y a sus nietos al tiempo que mira, inquieto, una silla vacía; una silla, escribe el poeta con deliberación etimológica, «habitada solo por la infausta ausencia». Las primeras estrellas acompañan la salida ordenada de los feligreses a la plaza. Coster camina hacia la escalinata helada, pisa con temor y con urgencia, y en su rostro zozobran las carreras bulliciosas de los niños. El mismo firmamento sereno que acompaña los pasos angustiados del impresor camino del taller, enfría la carrera oscura de Johann Fust por los campos nevados, sus pasos vacilantes de cigüeña abrumada por el peso incalculable de una tipografía robada.

Baldus Junius deja correr a Fust hasta Maguncia. No le interesa la infame peripecia del protoladrón del Rin, como habría podido llamarle Ludovic Marzabal de haber considerado valioso el pasaje para documentar el ascenso y la caída de la primera imprenta europea. Ni siquiera alude a la destrucción casi inmediata de los tipos robados en un incendio avivado, la noche de San Silvestre, por dos obispos rivales, un fuego que devoró iglesias y pajares de Maguncia, que confundió la sangre con las llamas y acabó reduciendo los esforzados folios del Espejo de la salvación humana a una indescifrable línea de humo en el vasto incendio.

Los versos finales de Mirabilis Batavia son para el silencio nocturno de la catedral de Haarlem. Las palabras de Junius van llevando la luna hasta las vidrieras. De allí hace descender el resplandor por los tubos escalonados del órgano y guía la luz lunar de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 35 (octubre-diciembre, 2003)

diciembre por las sombras de la catedral hasta confundirla con el reino circular de un cirio. Palpitante en esa lumbre pálida donde el fuego y la luna se abrazan, un Niño Jesús extiende sus manos de madera hacia lo alto.

Y su anhelo es asumido con tosca inclinación por tres reyes magos cuyas capas de color púrpura son una lujosa mancha sobre el papel que la luz vacilante del cirio parece, por momentos, animar.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 35 (octubre-diciembre, 2003)